

mundo y a la humanidad entera, como todo lo que es iberoamericano. Al ponerla así a vuestras órdenes, queremos aprovechar también la ocasión de demostrar que el Gobierno de México no persigue con estos actos ningún fin de propaganda egoísta, ni siquiera presume de seguir una inspiración original o exclusiva. El gobierno responde al sentimiento nacional iberoamericanista, y este sentimiento no es producto efímero de la hora presente, sino antigua y arraigada aspiración, tan antigua como nuestra nacionalidad, como lo demuestra el discurso que hemos hecho pintar al fresco en el muro macizo de esta Sala, el discurso en que don Servando de Teresa y Mier, uno de los padres de nuestra patria, pidió al Congreso que decretase para Bolívar los honores de la ciudadanía mexicana. La inscripción en su totalidad dice:

«Señor: Hay hombres privilegiados por el cielo, para cuyo panegírico es inútil la elocuencia, porque su nombre solo es el mayor elogio: tal es el héroe que en los fastos gloriosos del nuevo mundo ocupará sin disputa el primer lugar al lado del inmortal Washington: por esta señal inequívoca, todo el mundo conocerá que hablamos de aquel general que, contando las victorias por el número de los combates, destrozó el envejecido cetro peninsular en Venezuela, su patria, en Cartagena, Santa Marta, Cundinamarca, Quito y Guayaquil, con las cuales se formó la inmensa República de Colombia; hizo más: se venció a sí mismo, depuso voluntario su espada triunfante a los pies de los Padres de la Patria que reuniera para constituir la y se constituyó su primer súbdito, rehusando con empeño todo mando: de aquel hablamos que, resumiéndolo, por obediencia sin ficción, está ahora triunfando en el país de los Incas, de las últimas esperanzas de la soberbia española: de aquel hablamos, en fin, a quien las Repúblicas de la América meridional, unas tras otras, han nombrado sin miedo su dictador, porque el cúmulo eminente de sus virtudes aleja toda sospecha de abuso y despotismo. Tal es el excelentísimo señor don Simón Bolívar, Presidente de la República de Colombia, Gobernador Supremo del Perú, llamado con razón el «Libertador», admiración de la Europa y gloria de la América entera. Por sus tratados de íntima alianza entre las repúblicas de América, ya es, y merece serlo, ciudadano de todas. Pedimos, pues, que V. Sob., declare solemnemente que lo es de la República Mexicana, en lo que creemos recibir aún más honor que a él puede conferirse este título; por lo mismo haríamos agravio a V. Sob., altamente penetrado de reconocimiento y estima, por los servicios patrióticos, valor y virtudes del héroe, si para tal declaración exigiésemos las fórmulas comunes: aquí todo debe salir del ordinario, y suponemos que la aclaración unánime del Soberano Congreso del Anáhuac es la sola vía digna del héroe inmortal, que V. Sob. va a declarar ciudadano de la República Mexicana. El diploma y la manera de entregarlo serán igualmente dignos del ciudadano y de la magnificencia de su nueva patria. Mier y siguen las firmas».

JOSÉ VASCONCELOS



Una...

=Del tomo *Cenizas* (Cuentos), Leipzig, 1923, cuyo envío le agradecemos al Sr. HERRERA, fino escritor de Guatemala.=

EL perfil suave y fino; las pupilas tenebrosas; más tenebroso el cabello; las manos aristocráticas y un aire de distinción, una innata elegancia que hacía pensar en las selecciones de estirpe y suponer que aquella muchacha heredó sus maneras de algún ancestral remoto y principesco.

La había conocido cinco años atrás. Fué en una noche de juerga. Cuando el fresco y vigoroso mocerío llevábalo, de estudiante, a pagar sus ardores con las hembras de ocasión y en las casas de mancebía. En una de estas casas Juan reparó una noche en la belleza ¿Natalia? Erlinda en el prostíbulo. Casi todas se cambian nombre al iniciarse en la mala vida. Quiénes por un vestigio de pudor; quiénes, por costumbre. Siguen la tradición... Erlinda! y el uso o la humorada de cualquiera hizo la contracción del nombre y simplemente se le llamaba Linda.

Y era linda de veras y la más pulcra de las pupilas. Felina y elegante, tenía la conciencia de su belleza y su aristocracia se impuso en la promiscua sordidez del pupilaje.

Desde entonces fué Juan el huésped asiduo de la casa. Pasábase las horas con la Linda. Derrochaba escandalosamente. Le compró trajes de seda y hasta le regaló con un brillante sustraído al joyero de su madre. Sus amigos notaron la predilección y él excusaba este capricho, aduciendo que Erlinda era la más bella del prostíbulo y que tenía una voz extraordinaria.

Naturalmente, a Juan gustábale pasarse las noches, oyendo aquella vocecita dulce y cansada, llena de pausas que le sugerían el recuerdo de esos pájaros que, en la fatiga, van posando en cada rama su vuelo desfallecido...

La muchacha, enamorada de Juan, un día le refirió su historia. ¡Cómo él después sonreía a su pueril credulidad de otro tiempo! La de todas éstas: Historia confusa y enmarañada; llena de absurdas situaciones; tejida de embustes... ¿Quién desentrañaba de aquel farrago los hilos de verdad?

Como siempre, alguien era culpable en su caída. Vino de Colombia liada con un cómico. Uno de esos cómicos de la legua que desfilan en los limbos de la anodinia con el fracaso en la acritud del ceño y el hambre trasnochada en el desmayo de los ojos. Aquí, disuelta la farándula, el cómico la abandonó y ella, que en aquel tiempo conoció a una amiga, quiso olvidar en amoríos fáciles la traición del infiel. Hasta un día que en la casa de esta amiga y en pleno holgorio, asomó la policía y las dos fueron presas por ejercer la prostitución clandestina.

Fué en la prisión de mujeres donde Natalia una tarde conoció a la Chispa. Cuarentona con la cara más arrugada que un acordeón. Iba embadurnada de afeites; apesadumada a perfumes baratos y vestida de colores chillones. Apenas oyó la recluída ciertas palabras entre la Directora del Penal y la Chispa. Hubo cierta concesión de aquélla para ésta. Algo como una transacción; sonó a sus oídos un precio como latigazo y al fin se le ordenó que liase sus cosas para seguir a la Celestina. Hizo un hatillo de sus prendas y, sin saber cómo, perdida la memoria, se encontró después en el fondo de un coche de alquiler que las dejó frente a una casa, en cuya puerta relucía una luz escarlata como una pupila de vicio.

La mujer sometióse a su nueva vida con la resignada mansedumbre de una bestia de carga... Pero algo quedaba